

---

# Conciencia y conversión en John Henry Newman

## *Conscience and Conversion in John Henry Newman*

RECIBIDO: 24 DE SEPTIEMBRE DE 2019 / ACEPTADO: 5 DE NOVIEMBRE DE 2019

---

**Juan ALONSO**

Universidad de Navarra. Facultad de Teología  
Pamplona. España  
ID ORCID 0000-0003-1507-4611  
jalonso@unav.es

**Resumen:** El artículo analiza cómo las nociones de conversión y conciencia están intrínsecamente relacionadas en la vida y en el pensamiento de John Henry Newman. En un primer momento, se describen cuatro experiencias fundamentales de conversión en su camino hacia la fe católica. Su examen muestra de qué manera su compromiso con la verdad y su fidelidad a la conciencia le fueron orientando en su misión y guiando hacia Roma. En un segundo momento, se esbozan algunos rasgos esenciales de la dinámica de la conversión cristiana.

**Palabras clave:** John Henry Newman, Conversión, Conciencia.

**Abstract:** The article analyzes how the notions of conversion and conscience are intrinsically related in the life and thought of John Henry Newman. First, it describes four fundamental experiences of conversion that took place on his path to the Catholic Church. Examination of these experiences shows how commitment to truth and fidelity to conscience guided him in his life and led him to Rome. In a second moment, some essential features of the dynamics of Christian conversion are outlined.

**Keywords:** John Henry Newman, Conversion, Conscience.

## CONVERSIÓN Y CONCIENCIA EN JOHN HENRY NEWMAN

La conversión de John Henry Newman a la Iglesia católica ha sido considerada como uno de los eventos más significativos de la historia moderna de la Iglesia<sup>1</sup>. El paso al «romanismo» del que había sido el dirigente y el exponente máximo del Movimiento de Oxford no pasó desapercibido para la Inglaterra victoriana del siglo XIX y, más concretamente, para el mundo universitario oxoniense. Para muchos, Newman ocupa el primer puesto entre los conversos al catolicismo provenientes de las Iglesias nacidas a partir de la Reforma. E incluso uno de los más influyentes de la historia de la Iglesia, junto a san Agustín<sup>2</sup>.

Su recepción en la Iglesia católica el 9 de octubre de 1845 supuso un cambio radical de dirección de su vida en aspectos fundamentales. Sin embargo, considerando su entero itinerario existencial ese acontecimiento no fue más que el punto final de una serie de «conversiones» que Newman había experimentado hasta entonces: un largo y sufriente proceso de búsqueda de la verdad y de fidelidad a la voz de su conciencia.

En este artículo abordamos dos temas relacionados entre sí y muy presentes en el pensamiento de Newman: la conversión cristiana y la conciencia. Más que nociones abstractas, objeto de análisis, son en Newman realidades fundamentales que reflejan el talante particular de quien ha sido calificado por algunos como «Doctor de la Iglesia», porque «no enseña solo con su pensamiento y sus discursos sino también con su vida, ya que en él pensamiento y vida se compenetran y determinan recíprocamente»<sup>3</sup>. Por este motivo, adoptamos un método de análisis más narrativo que estrictamente conceptual, examinando de qué manera la búsqueda de la verdad y la fidelidad a su conciencia determinaron su camino de su conversión<sup>4</sup>, para acercarnos así a la naturaleza y los rasgos fundamentales de la conversión según su pensamiento.

<sup>1</sup> Cfr. KER, I., *Introduction*, en ID. (ed.), *Newman and Conversion*, Edinburgh: T&T Clark Ltd., 1997, 1.

<sup>2</sup> MORALES, J., «El significado de Newman en la Iglesia», en *J. H. Newman, boy*, Documentos del Instituto de Antropología y Ética, n. 14, Universidad de Navarra, 2011, 23.

<sup>3</sup> Y continúa: «Si esto es cierto, entonces realmente Newman pertenece a los grandes doctores de la Iglesia porque, al mismo tiempo, él toca nuestro corazón e ilumina nuestro pensamiento». RATZINGER, J., *Discurso con motivo del centenario de la muerte del Card. John Henry Newman, 28-IV-1990*. Vid. LEFEBVRE, Ph. y MASON, C. (eds.), *John Henry Newman Doctor of the Church*, Oxford: Family Publications, 2007.

<sup>4</sup> Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso a la curia romana, al recordar la beatificación de Newman*, 20-XII-2010.

## 1. PASIÓN POR LA VERDAD

En la vida de Newman cabe distinguir cuatro experiencias fundamentales de conversión. Su examen permite ahondar en el alcance del calificativo «converso» aplicado a su persona, así como en el significado y trascendencia que él mismo atribuye a la conversión.

«*Se produjo en mí un gran cambio interior*». Otoño de 1816

Como punto de partida de su historia espiritual, Newman recuerda en su *Apología* la espontánea religiosidad de sus años de infancia, cuando aún no habían comenzado a forjarse sus convicciones religiosas<sup>5</sup>. Muchacho de inteligencia aguda, extraordinariamente perceptivo y reservado pero al mismo tiempo afectivo, poseía una imaginación viva que le llevaba a recrearse en un mundo invisible habitado por espíritus con poderes mágicos. Reconoce que estos pensamientos y sentimientos de niño tuvieron gran influencia en sus convicciones religiosas posteriores.

Criado en una familia donde reinaba un ambiente religioso propio del anglicanismo de su tiempo, había adquirido gusto por la lectura de la biblia, y poseía «un perfecto conocimiento del Catecismo». Era un lector voraz. A los 14 años, la lectura de algunos autores racionalistas hostiles al cristianismo –cita a Voltaire y a Thomas Paine– pudo despertar en él un cierto escepticismo. Su estado espiritual era tal que buscaba «ser virtuoso, pero no religioso», y además, «tampoco veía lo que significaba “amar a Dios”»<sup>6</sup>.

En su último año de estancia en la Escuela de Ealing (Londres), el joven Newman conoce al reverendo Walter Mayers, clérigo anglicano de 25 años de edad, de tendencia calvinista evangélica, cuya enseñanza y ejemplo calan a fondo en el futuro Cardenal. De él comenta en su *Apología* que fue un «hombre excelente», «el instrumento humano de este comienzo de fe divina en mí»<sup>7</sup>. Mayers pone en sus manos algunos libros de orientación calvinista que le ayudan a fomentar su piedad, a disipar dudas y clarificar su visión religiosa. La

<sup>5</sup> *Apología pro Vita Sua. Historia de mis ideas religiosas*, 2ª ed. rev., Madrid: Encuentro, 2010, 47-48. En adelante: *Apología*, seguido del número de página. [*Apología pro Vita Sua: Being a History of his Religious Opinions*].

<sup>6</sup> *Autobiographical Writings*, ed. Henry Tristram, London and New York: Sheed & Ward, 1956, 169; en adelante: AW. *Suyo con afecto. Autobiografía epistolar* (edición, traducción y notas de Víctor García Ruiz), Madrid: Encuentro, 2002, 48.

<sup>7</sup> *Apología*, 50.

autobiografía espiritual del autor evangélico Thomas Scott (1747-1821), titulada *La fuerza de la Verdad*<sup>8</sup>, imprime en Newman un penetrante sentido del dogma. La lectura de *La Historia de la Iglesia*<sup>9</sup> de Joseph Milner (1744-1797) le descubre textos de los Santos Padres, como san Agustín y san Ambrosio, encendiendo en su corazón joven una pasión por los Padres que le durará toda la vida. Pero también en este tiempo se ve influenciado por algunas doctrinas que más adelante tendrá que rechazar, como la idea de que la conversión era señal infalible de predestinación (William Romaine, calvinista), o el libro de Thomas Newton sobre las profecías<sup>10</sup> que trataba de demostrar desde la Escritura que el Papa era el Anticristo.

En este contexto intelectual y religioso marcado, aunque no en todos sus extremos, por el Evangelismo<sup>11</sup>, tiene lugar en 1816 la que denominó «mi primera conversión». No es una experiencia repentina y emocional de conversión al estilo evangélico convencional<sup>12</sup>. Es más bien un cambio que transcurre desde los primeros días de agosto hasta pocos días antes de Navidad. Durante ese verano ha permanecido en la Escuela de Ealing (debido a la quiebra del banco de su padre). Y allí sufre su primera experiencia de enfermedad que, según sus palabras escritas tiempo después, «hizo de mi un cristiano –con experiencias anteriores y posteriores terribles, que solo Dios conoce»<sup>13</sup>. Resume su experiencia con estas breves palabras: «Cuando tenía quince años (en el otoño de 1816) se produjo en mi un gran cambio interior. Caí bajo la influencia de un credo definido y recibí en mi intelecto la marca de lo que es un dogma, que gracias a Dios nunca se ha borrado ni oscurecido»<sup>14</sup>. En 1885 escribirá: «es difícil percibir o imaginar la identidad del joven adolescente antes y después de agosto de 1816»<sup>15</sup>.

<sup>8</sup> *The Pillar of Truth*, 1779.

<sup>9</sup> *History of the Church of Christ*, 5 vols., London, 1794-1809 (los dos últimos volúmenes fueron compuestos por Isaac, hermano del autor).

<sup>10</sup> *Dissertations on the prophecies*, 1758.

<sup>11</sup> Cfr. BEAUMONT, K., *Dieu intérieur. La théologie spirituelle de John Henry Newman*, Paris: Ad Solem, 2014, 92-97.

<sup>12</sup> En un recuerdo escrito muchos años después (1876) reconoce que: «no se convirtió a la manera que [la enseñanza evangélica] prescribe como imperativa, sino tan completamente fuera de las reglas establecidas que era muy dudoso a los ojos de los evangélicos ordinarios, que él se hubiera convertido realmente». AW, 79.

<sup>13</sup> AW, 268.

<sup>14</sup> *Apologia*, 50.

<sup>15</sup> Carta a Anne Mozley, en *Letters and Diaries*, XXXI, 31. En adelante: LD; (Cito según la versión de MORALES, J., *Newman [1801-1890]*, Madrid: Rialp, 2010, 20).

Siempre consideró este acontecimiento como la inauguración para él de un cristianismo consciente, y afirmó gráficamente que estaba más seguro de esa conversión interior suya que del hecho de tener manos y pies<sup>16</sup>. ¿De qué tipo de experiencia se trató? ¿Cuáles son sus rasgos fundamentales? Podemos distinguir cuatro.

a) *Un mundo invisible*

La «primera conversión» de Newman no parece tratarse de una experiencia mística, ni tampoco de un tipo de conocimiento intuitivo de Dios, sino más bien de una gracia ordinaria del cielo de notable intensidad que otorgó al joven evangélico un convencimiento firme sobre la existencia de un mundo invisible, totalmente real, en el que se inscriben los misterios cristianos, así como una aguda sensibilidad para percibirlo en todas sus consecuencias<sup>17</sup>.

El tema del «mundo invisible» impregna toda la obra de Newman, y está presente en diversos escritos suyos. Un sermón anglicano predicado en 1837 («*El mundo invisible*») lo describe así: Tras este mundo visible hay «otro mundo que nos rodea, aunque no lo veamos y más maravilloso que el mundo que podemos ver, precisamente porque no lo vemos. En torno nuestro existen objetos innumerables que van y vienen, que vigilan, actúan o esperan, y que no vemos. Es otro mundo que los ojos no alcanzan sino solamente la fe»<sup>18</sup>. «El mundo espiritual, a pesar de no ser visto, se halla presente; es un mundo *presente*, no futuro ni distante. No está sobre el cielo ni más allá del sepulcro. Se encuentra aquí y ahora»<sup>19</sup>.

La existencia de este mundo invisible está en la base de la teología de la fe que Newman desarrolla. En un sermón predicado en 1830 («*Fe y obediencia*»), Newman se pregunta por la naturaleza del creer: «¿Qué significa “fe”? Es sentir, con profunda convicción, que somos criaturas de Dios; es una percepción práctica del mundo invisible (*unseen world*); es entender que este mun-

<sup>16</sup> Cfr. *Apología*, 51.

<sup>17</sup> Cfr. MORALES, J., «Experiencia religiosa. La contribución de J. H. Newman», *Scripta Theologica* 27 (1995) 84.

<sup>18</sup> *Sermones Parroquiales* 4, Madrid: Encuentro, 2010, 226. En adelante: SP, seguido del volumen y de la página. [*Parochial and Plain Sermons*, 8 vols.].

<sup>19</sup> Cfr. SP, 4, 231.

do no es capaz de hacernos felices, es mirar más allá de él y ver a Dios, darse cuenta de su presencia, esperar en Él, esforzarnos por aprender y hacer su voluntad y buscar en Él nuestro bien»<sup>20</sup>. La existencia de un mundo invisible que escapa a nuestros sentidos constituye un preámbulo necesario para la fe.

El descubrimiento del mundo invisible en su «conversión juvenil» conecta con la distinción que Newman hará más tarde entre el conocimiento *nocional* y el conocimiento *real*. El primero –dirá en el *Ensayo sobre la gramática del asentimiento*– es el resultado del razonamiento y la abstracción; el segundo es el fruto de una comunicación con el mundo real, que incluye también lo invisible. Es en el ámbito del asentimiento real en el que se inscribe el conocimiento de lo concreto y lo práctico y, por tanto, también el de la fe y el conocimiento religioso<sup>21</sup>.

En resumen, el mundo invisible está actuando sobre nosotros, aunque no seamos conscientes de ello. No solo es auténticamente real, sino que sostiene y posibilita toda realidad creada. Convertirse y creer significa justamente optar por esa realidad invisible<sup>22</sup>.

#### b) *La presencia de Otro*

En línea con lo anterior, su «primera conversión» es para Newman una toma de conciencia de la presencia de Dios y un encuentro efectivo con Dios. Pudo descansar –comentó después– en el pensamiento de dos y solo dos seres, absoluta y luminosamente autoevidentes: «yo y mi Creador»<sup>23</sup>. Sigue en este punto la pauta de toda conversión cristiana, según queda manifiesto en grandes conversos, como san Pablo («no vivo yo, pues es Cristo el que vive en mí», Gal 2,20), o san Agustín («estabas más dentro de mí que lo más íntimo de mí», *interior intimo meo*, *Confesiones*, V, 2, 2), o por citar a alguna figura más cercana, la conversión espiritual de santa Teresa de Jesús a sus 39 años: en 1554, a raíz de su encuentro con imagen del *Ecce Homo* y de la lectura de las *Confesiones* de san Agustín (*Vida*, c. 9).

<sup>20</sup> SP, 3, 96.

<sup>21</sup> *An Essay in Aid of a Grammar of Assent*, 1970. En castellano: *Ensayo para contribuir a una gramática del asentimiento*, Madrid: Encuentro, 2010; en adelante GA.

<sup>22</sup> En sintonía con el pensamiento de Newman, son penetrantes estas palabras de Joseph Ratzinger: «La fe es una decisión por la que afirmamos que en lo íntimo de la existencia humana hay un punto que no puede ser sustentado ni sostenido por lo visible y comprensible, sino que choca con lo que no se ve del tal modo que esto lo afecta y aparece como algo necesario para su existencia». *Introducción al cristianismo*, Salamanca: Sígueme, 1967, 32.

<sup>23</sup> *Apología*, 51.

La «luminosa autoevidencia» de la realidad absoluta de Dios y su relación con el creyente, viene descrita en una de las primeras anotaciones de su diario personal como el núcleo característico de la conversión: «La realidad de la conversión: ella corta toda duda en su raíz, creando una cadena entre Dios y el alma (con cada eslabón completo). Sé que estoy en lo correcto. ¿Cómo lo sabes? Yo sé que sé que sé, etc.»<sup>24</sup>. Y es que para Newman –como expresa en uno de sus Sermones– el cristiano es «un hombre que tiene un sentido soberano de la presencia de Dios en él»<sup>25</sup>.

En un lugar de su primera novela, *Perder y ganar*, Newman recrea ese talante espiritual en la persona del joven estudiante de Oxford, Charles Reding: «El rasgo característico de Charles, el que le definía por encima de cualquier otro, era un sentimiento habitual de la presencia de Dios; conciencia que, por supuesto, no era garantía de pensar y obrar siempre en conformidad absoluta con Dios... pero ahí estaba, actuando, guiándole, como la nube con el pueblo elegido»<sup>26</sup>. También en la novela *Calixta*, la protagonista reconoce esa «voz», que le va llevando hasta Dios: «Es el eco de alguien que me habla a mí. Estoy absolutamente convencida de que en último término procede de una persona externa a mí. Y trae consigo la prueba de su origen divino»<sup>27</sup>.

Tras su «primera conversión», Dios ocupa el centro de la vida de Newman, y esta experiencia da origen a un tema recurrente en sus sermones y su misma espiritualidad: la importancia de la *soledad* interior, que no es encerramiento en sí mismo o individualismo egocéntrico, sino toma de conciencia de la propia individualidad personal en relación a Dios, a los demás y al mundo<sup>28</sup>. Cabría afirmar que gran parte de la insistencia del pensamiento newmaniano en el carácter personal e individual de la relación del hombre con Dios es resultado de la influencia que Newman recibió del Evangelismo sencillo pero vigoroso de su primera juventud.

<sup>24</sup> AW, 150.

<sup>25</sup> SP, 5,16 (Sermón: «Sinceridad e hipocresía»).

<sup>26</sup> *Perder y ganar. Historia de una conversión*, 4ª ed. corr., Madrid: Encuentro, 2014, 228. En adelante: PG, seguido del número de página. [*Loss and Gain: The Story of a Convert*]. La imagen de la columna de nube proviene del Éxodo (13,21-22). El famoso poema «Lead, Kindly Light» que Newman compuso en 1833 su viaje por el Mediterráneo, se titula en realidad «The Pillar of the Cloud». El poema expresa su enérgica decisión de cumplir la misión de hacer algo por la Iglesia que veía que Dios le encomendaba. Eran los preámbulos del Movimiento de Oxford.

<sup>27</sup> *Calixta. Retazos del siglo tercero*, Madrid: Encuentro, 2010, 266. [*Callista. A Sketch of the Third Century*].

<sup>28</sup> *Vid.* p. ej., SP, 1, 2 (Sermón: «La inmortalidad del alma»); SP, 4, 6 (Sermón: «La individualidad del alma»).

c) *Una llamada, una misión*

Una consecuencia de su experiencia espiritual de 1816 es el nacimiento en él de un «pensamiento poderoso» que se le impone: «consideraré voluntad de Dios que yo llevara una vida célibe»<sup>29</sup>. Ese barrunto se mantiene vivo casi sin interrupción hasta 1829, y se consolida a partir de ese año. Tiene clara convicción de que su vocación divina exige «un sacrificio como el del celibato», como lo requería también el trabajo misionero entre los paganos, que le atrajo vivamente durante varios años<sup>30</sup>.

En *Perder y ganar* se recoge una conversación de Charles con su tutor y confidente, Carlton, quien defiende que el celibato no cabe en el sistema religioso anglicano. Charles responde: «No es una pose ni cosa de ahora. Te vas a reír, pero ya lo pensé cuando estaba en la escuela; y desde entonces siempre me he visto así, que no me casaré. Y no es un sentimiento que yo me empeñe en mantener, no; se parece más a una especie de hábito mental. Mi actitud mental general va por ahí, cuenta con eso, que no me voy a casar (...)»<sup>31</sup>. En tiempos de Newman el celibato era una elección casi inconcebible entre el clero anglicano. Solo más tarde, con el nacimiento del Movimiento de Oxford liderado por Newman pasó a ser un ideal religioso, manifestación de la generosidad, devoción y pureza de los santos, aunque se hablara poco de ello de modo directo<sup>32</sup>.

d) *Descubrimiento del dogma*

Una última consecuencia, de notable relevancia, de su primera conversión es la importancia del dogma cristiano, que nuestro autor menciona explícitamente en el texto citado: «Caí bajo la influencia de un credo definido y recibí en mi intelecto la marca de lo que es un dogma, que gracias a Dios nunca se ha borrado ni oscurecido»<sup>33</sup>. Se trata de la dimensión intelectual o doctrinal de esa primera experiencia de conversión.

En *Apología* se refiere al «principio del dogma» como uno de los «tres grandes principios» del Movimiento de Oxford<sup>34</sup> Y declara al respecto: «(...)

<sup>29</sup> *Apología*, 55.

<sup>30</sup> *Ibid.*

<sup>31</sup> PG, 200.

<sup>32</sup> Cfr. CHURCH, R. W., *The Oxford Movement; Twelve Years, 1833-1845*, 1970, 117. Disponible en: <http://www.gutenberg.org/ebooks/12092> (consulta: 16-VIII-2019).

<sup>33</sup> *Apología*, 50.

<sup>34</sup> Los otros dos principios eran respectivamente el «principio sacramental» –referido a la existencia de la Iglesia visible y a los sacramentos como canales de la gracia; y la postura negativa respecto a la Iglesia de Roma por su supuesta vinculación a la «causa del Anticristo». Cfr. *Apología*, 99 ss.

tengo la satisfacción de decir que hoy día nada he de retractar y que no tengo que arrepentirme de nada. El principio central del Movimiento me es ahora tan querido como siempre lo fue. En muchas cosas he cambiado, pero no en esta. Desde los quince años el dogma ha sido el principio fundamental de mi religión. No conozco otra religión ni puedo hacerme a la idea de otro tipo de religión. La religión como mero sentimiento me parece algo ilusorio y una burla. Tanto puede haber amor filial sin la existencia de un padre como devoción sin la existencia de un Ser Supremo. Lo que mantenía en 1816 lo mantuve en 1833 y lo mantengo en 1864. Quiera Dios que lo mantenga hasta el final»<sup>35</sup>.

Esta primea conversión coincide con el final de los años escolares de Newman. A sus 16 años estaba preparado para iniciar sus estudios en el Trinity de Oxford, adonde llegó en junio de 1817.

*«Me deslizaba en dirección al liberalismo del día». «Dos grandes golpes me despertaron violentamente de mi sueño». Finales de 1827*

La segunda conversión de Newman hay que situarla a finales de 1827 e inicios de 1828. Desde su llegada a Oxford había desarrollado una brillante carrera y su prestigio era grande. Había sido nombrado primero Fellow de Oriel College (12-IV-1822) y después Tutor oficial (enero de 1826). Había sido ordenado diácono anglicano (13-VI-1824) y sacerdote (29-V-1825), y había entrado en contacto con un entorno intelectual y académico prestigioso.

No habían sido años fáciles. Tres sucesos amargos le habían ayudado a madurar humanamente: 1) un fracaso académico en el verano de 1820 (del que aprendió –como indica en una carta de la época al Reverendo Mayers– que «el honor y la fama no son cosas deseables» y que «Dios me lleva en esta vida por el mejor camino para su gloria y mi salvación»<sup>36</sup>; 2) una nueva bancarrota del negocio de su padre (en noviembre de 1821); y 3) la muerte de este en septiembre de 1824 tras una súbita enfermedad.

Pero son otros dos acontecimientos dolorosos los que remueven interiormente la vida de Newman: «Dos grandes golpes me despertaron violentamente de mi sueño a finales de 1827: la enfermedad y la muerte de un ser muy querido»<sup>37</sup>. El primero es un colapso físico y nervioso que sufre en su actua-

<sup>35</sup> *Apologia*, 98.

<sup>36</sup> Carta al Reverendo Mayers (enero de 1821), en LD I; en *Suyo con afecto*, cit., 41.

<sup>37</sup> *Apologia*, 62.

ción como examinador en noviembre de 1827<sup>38</sup>. Su mente quedó en blanco y hubo de abandonar su puesto en el tribunal de exámenes. El otro hecho es el fallecimiento inesperado de su hermana más joven, Mary, el 5 de enero de 1828, a los 18 años de edad. De sus tres hermanas, era con la que John Henry había tenido siempre una especial cercanía<sup>39</sup>.

Esta doble conmoción, por decirlo con sus propias palabras, le despertó violentamente de un sueño. Con el tiempo pudo ver que esta crisis le preparaba para el comienzo de una nueva etapa en su vida. En la *Apologia* sintetiza así su situación interior en de ese tiempo: «La verdad es que yo comenzaba a preferir la excelencia intelectual a la moral. Me deslizaba en dirección al liberalismo del día»<sup>40</sup>.

El liberalismo al que se refiere aplicaba escasa atención a la ortodoxia doctrinal y trataba con cierto desdén a los evangélicos. Le interesaba el papel de la Iglesia en el orden moral de la sociedad, pero su celosa defensa de la tolerancia en materias religiosas iba acompañada de la idea de que «da lo mismo una opinión que otra» y, por tanto, de un escepticismo respecto a la verdad objetiva en materia religiosa. A este liberalismo hoy le llamaríamos «relativismo» teológico, filosófico o religioso.

Esta segunda conversión fue en parte espiritual –de hecho, consideró la muerte de su hermana como «la aflicción más grande que me ha mandado la mano amorosa de Dios»<sup>41</sup>–, pero sobre todo fue una conversión de orden intelectual. En una entrada de su diario, fechada en julio de 1826, había sintetizado su itinerario intelectual de los dos años anteriores: «he cambiado mucho de opinión sobre muchas cosas en este tiempo»<sup>42</sup>. Y es que en sus años como Fellow en Oriel había conectado con sus colegas de claustro, muchos de

<sup>38</sup> En el desenlace de esta crisis parecen haber convergido algunas noticias inquietantes para Newman en aquellas fechas: la quiebra de la escuela regentada por su tía Elisabeth y el temor a la consiguiente deuda de 700 libras que la familia tenía que afrontar; la inminente elección del nuevo Preboste de Oriel, entre Hawkins y Keble; y la inquietud y tensión acumuladas ante la responsabilidad de ser examinador. Cfr. Anotaciones del 21-II-1828, en *Suyo con afecto*, cit., 65-66.

<sup>39</sup> En su diario escribe después de más de un mes de la muerte de su hermana: «¡Mary, querida Mary, querida hermana mía! Desde lo más hondo de mi corazón lo sé: es mejor así, está bien así; lo veo, sé que es, en la Providencia de dios, lo mejor para todos. No me quejo, ni me he quejado en lo más mínimo pero... me siento mal, y tengo que dejar de escribir». Anotación del 21-II-1828, en *Suyo con afecto*, cit., 65.

<sup>40</sup> *Apologia*, 61.

<sup>41</sup> Anotación del 21-II-1828, en *Suyo con afecto*, 65.

<sup>42</sup> Anotación del 26-VII-1826, en *Suyo con afecto*, 55.

los cuales eran de tendencia racionalista liberal<sup>43</sup>, y a veces eran denominados los «noéticos». Se comentaba con ironía que la sala de profesores de Oriel «apestaba a lógica»<sup>44</sup>. Había entablado una especial familiaridad con uno de ellos, Richard Whately, que le abrió horizontes intelectuales y académicos, y le invitó a colaborar con él en varios proyectos, aunque esta amistad no duraría mucho tiempo. También había conocido a otros colegas de orientación religiosa más doctrinal y espiritual que la de los liberales, como John Keble (quien abandonaría pronto la vida académica) y Edward Pusey (hombre inteligente y devoto). Estos dos, junto a Newman y otros (Hurrell Froude, etc.) serían después la base del Movimiento de Oxford.

A sus 27 años, Newman es consciente de las adherencias liberales que se han introducido en su pensamiento. Su segunda conversión le hace caer en la cuenta del peligro del escepticismo. A partir de entonces, combatirá contra él durante el resto de su vida, según lo expresó en el emotivo discurso al ser nombrado Cardenal en 1879<sup>45</sup>.

*«No he pecado contra la luz». Una tarea que realizar. Verano de 1833*

Sus desavenencias con Edward Hawkins, el nuevo Provost de Oriel desde 1828, le llevan a dimitir de su cargo oficial como Tutor. Se concentra entonces en la preparación de sus sermones como párroco de la Iglesia de Santa María, y en el estudio de los Padres y de los concilios primitivos. En el verano de 1832 (junio-julio) termina la redacción de su primera obra: los *Arrianos del siglo IV*. Está extenuado del trabajo de los meses anteriores, y necesitado de descanso. Por ello, parte con su amigo Hurrell Froude y el padre de este, a un viaje por el Mediterráneo que durará hasta el verano del año siguiente y que tendrá importantes consecuencias<sup>46</sup>.

En su estancia en Sicilia cae gravemente enfermo. Durante diez días está al borde de la muerte, hasta el punto de que su sirviente, que hace ahora de enfermero, le pide que le deje sus últimas instrucciones. Se las da, pero le dice

<sup>43</sup> Thomas Arnold, Richard Whatley y José Blanco White.

<sup>44</sup> TREVOR, M., *John Henry Newman. Crónica de un amor a la verdad*, 2ª ed., Salamanca: Sígueme, 2010, 36.

<sup>45</sup> Cfr. *Cartas y diarios*. «Biglietto Speech» (Selección, traducción y notas de Víctor García Ruiz y José Morales), Madrid: Rialp, 1996.

<sup>46</sup> Vid. GARCÍA RUIZ, V., *John Henry Newman: el viaje al Mediterráneo de 1833*, Madrid: Encuentro, 2019, 460 pp.

–aunque sin entender muy bien el significado de sus propias palabras–: «No voy a morir (...). No voy a morir porque no he pecado contra la luz, no he pecado contra la luz»<sup>47</sup>. Una vez recuperado y a punto de emprender su regreso a Londres, el sirviente percibe que su señor está abatido y sollozante, y le pregunta por la causa de su aflicción. Newman solo responde: «Tengo una tarea que realizar en Inglaterra»<sup>48</sup>. Esa tarea no será otra que la puesta en marcha del Movimiento de Oxford, o movimiento tractariano, del que será su principal inspirador y organizador.

En esta tercera experiencia de conversión podemos distinguir dos dimensiones. La primera es esencialmente espiritual: tanto el sentimiento de cercanía de la muerte como la percepción de una misión que Dios le encomienda, parecen haber favorecido su abandono en Dios y su confianza en la Providencia. Muestra de ello es el poema autobiográfico que escribe en su viaje de retorno a Inglaterra que más tarde se convertirá en el conocido himno «Lead, Kindly Light» (*Guíame, Luz Bondadosa*)<sup>49</sup>. El poema trasluce la turbación de un alma religiosa y noble al intuir una tarea inmensa que Dios pone en sus manos<sup>50</sup>.

La segunda dimensión de esta experiencia es de tipo eclesiológico. Newman comprende que su misión en adelante consiste en renovar desde dentro la Iglesia de Inglaterra. Por eso, desde su vuelta del Mediterráneo comienza a elaborar una eclesiología específicamente anglicana, como *Via Media* entre el protestantismo de los reformadores del siglo XVI y el catolicismo romano. No se trata de un antojo intelectual o un ejercicio especulativo. En el fondo de la *Via Media* descansa el deseo de activar una Iglesia nacional en decadencia, tanto en el terreno doctrinal, como en el sacramental y espiritual. Y ello exigía apoyarse en el segundo principio fundamental del Movimiento de Oxford: el principio sacramental, inseparablemente unido al principio dogmático. «Estaba seguro –recordaba Newman en 1964– de la verdad de una doctrina religiosa precisa, basada en el fundamento del dogma: había una Iglesia visible con sacramentos y ritos que eran canales de la Gracia invisible. Pensaba que

<sup>47</sup> *Apologia*, 83.

<sup>48</sup> *Apologia*, 84.

<sup>49</sup> *Verses on Various Occasions* [1867] 90. *The Pillar of the Cloud* [Lead, Kindly Light], 156. Este himno es hoy rezado tanto por católicos como por anglicanos. Por lo general se canta con la melodía de *Lux Benigna*, compuesta por John B. Dykes (1823-1876).

<sup>50</sup> Newman siempre consideró el Sermón de Keble («Apostasía Nacional», 14-VII-1833) como el inicio del Movimiento de Oxford.

esta era la enseñanza de la Escritura, de la Iglesia primitiva y de la Iglesia anglicana. Tampoco aquí he cambiado de opinión y estoy tan seguro ahora de este punto como lo estaba en 1833, y nunca he dejado de estarlo (...)»<sup>51</sup>.

Sin embargo, con el tiempo Newman irá tomando conciencia de la fragilidad de la empresa de la *Via Media*. En efecto, en el verano de 1839 le asalta por primera vez «la idea de que el anglicanismo era insostenible»<sup>52</sup>. La historia de los primeros concilios le mostraba que la *Via Media* estaba en el camino equivocado<sup>53</sup>. A esa sacudida se une pronto otra: en 1839 hace en él mella una frase de san Agustín que encuentra en un artículo del teólogo católico Nicholas Wiseman, futuro Cardenal y primer arzobispo de Westminster (1850): «securus iudicat orbis terrarum» («el mundo entero [el orbe católico] es un juez seguro»): se trataba del principio básico de todos los primeros concilios: todos deben sostener lo que la mayoría de la Iglesia acepta como verdad. Preferir la propia opinión frente al consentimiento de la mayoría es el inicio de un camino hacia el error y la herejía. «Securus iudicat orbis terrarum». «Con estas grandes palabras del antiguo Padre, que interpretaban y resumían el largo y accidentado curso de la historia de la Iglesia, la teoría de la *Via Media* había quedado pulverizada»<sup>54</sup>. Tras un primer sobresalto, Newman se tranquiliza, pensando que aún quedan cosas que investigar y esperando recibir más adelante alguna luz nueva<sup>55</sup>.

¿Qué hizo en esta situación? Vale la pena citar con amplitud un texto de nuestro autor que da testimonio de su rectitud de intención y su pasión por la verdad: «Tomé a decisión de guiarme no por la imaginación sino por la razón. (...) Si no hubiera sido por esta determinación me hubiera hecho católico antes. (...) Me dije entonces que solo el tiempo podía resolver la cuestión. Lo mío era seguir como siempre y obedecer las convicciones a las que me había entregado desde tiempo atrás, que todavía me poseían y con las que mis nuevas ideas no guardaban relación directa. La nueva visión de las cosas solo

<sup>51</sup> *Apologia*, 99.

<sup>52</sup> *Apologia*, 162.

<sup>53</sup> Así lo relata en *Apologia*: «Mi baluarte era la Antigüedad; y he aquí que, en pleno siglo V, me pareció ver reflejada la Cristiandad de los siglos XVI y XIX. Vi mi rostro en ese espejo: yo era un monofisita. La Iglesia de la *Via Media* ocupaba el lugar de la Comunión Oriental; Roma estaba donde está ahora; y los protestantes eran los Eutiquianos». *Apologia*, 163.

<sup>54</sup> *Apologia*, 166.

<sup>55</sup> Escribe: «Por un momento había tenido la idea de que “después de todo, la Iglesia de Roma es quien tiene la razón”, para luego desvanecerse. Mis antiguas convicciones continuaban como antes». *Apologia*, 166-167.

podía influirme si poseía una fuerza lógica sobre mí. Si venía de arriba, volvería –confiaba yo–, y volvería con líneas más definidas, con mayor coherencia y firmeza probatoria»<sup>56</sup>. La actitud de Newman –no solo prudente sino, sobre todo, fiel a su conciencia y comprometida con la verdad– tiene su reflejo en el comentario de Charles Reding, el protagonista de *Perder y ganar*, ante la encrucijada en la que se ve envuelto en su búsqueda de la verdadera Iglesia de Cristo: «Dios quiere que nos guiemos por la razón –exclama–. No digo que la razón lo sea todo, pero es algo. Y no debemos actuar sin contar con ella, ni en contra de ella»<sup>57</sup>. El principio de actuación de Newman es también compartido por su *alter ego* de *Perder y ganar*: «en este mundo no hay otra fuerza que el compromiso con la razón ni otra libertad que sentirse cautivo de la verdad»<sup>58</sup>.

No es nuestro propósito detenernos en los pormenores del trayecto intelectual de Newman desde 1939 hasta su recepción en la Iglesia católica, el 9 de octubre de 1845. Basta citar aquí algunos hechos que vinieron a debilitar más aún su fe en la Iglesia anglicana: sus investigaciones históricas sobre la herejía arriana del IV siglo, que le persuaden de que ya entonces Roma era la verdadera defensora de la ortodoxia; la publicación del Tracto 90<sup>59</sup>, en febrero de 1841, donde pretende demostrar que la doctrina de la Iglesia antigua puede hallarse –haciendo una interpretación católica, no protestante– en los textos oficiales anglicanos, especialmente en los Treinta y Nueve Artículos; la creación en 1841, por parte de los gobiernos de Inglaterra y de Prusia, de un obispado común en Jerusalén, cuyo obispo sería alternativamente un anglicano y un luterano-calvinista; o su investigación sobre el *Desarrollo de la doctrina cristiana*, que le confirma que la Iglesia católica romana del siglo XIX es un «desarrollo» auténtico de la Iglesia primitiva<sup>60</sup>.

Son estos años de dudas y zozobras que afectan a su conducta y a su relación con la Iglesia anglicana; años de un esfuerzo infatigable para fundamentar la eclesiología anglicana, a pesar de los golpes que iba recibiendo. En

<sup>56</sup> *Apología*, 168.

<sup>57</sup> PG, 130.

<sup>58</sup> PG, 29.

<sup>59</sup> *Vid. Tracto 90. Apuntes sobre algunos pasajes de los Treinta y Nueve Artículos* (Traducción, introducción y notas: José Gabriel Rodríguez Pazos), Salamanca: Centro de Estudios Orientales y Ecu­ménicos «Juan XXIII», 2017, 207 pp.

<sup>60</sup> Newman decidió marcarse una especie de prueba: concluir su *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*, y tomar la decisión de convertirse si al final se confirmaba lo que ya intuía sobre la Iglesia católica romana.

la *Apologia* escribe: «Desde finales del 1841, yo me encontraba en el lecho de muerte de mi anglicanismo»<sup>61</sup>.

El 19 de abril de 1842 se retira a Littlemore, aldea situada a 3 km de Oxford y perteneciente la parroquia de Santa María, donde había acondicionado una casa tiempo atrás. Allí comparte con algunos discípulos y amigos que le han seguido una forma de vida casi «monástica», a base de estudio, oración y penitencia. En 1843 dimite como párroco de Santa María. Su último sermón es el 25 de septiembre, y el lunes siguiente en Littlemore da su adiós con un sermón entrañable: «La despedida de los amigos». Dice a su oyentes: «Oh hermanos míos, oh corazones amables y afectuosos..., si alguien os animó, sosegó, abrió un camino en vuestras inquietudes o consoló a los perplejos..., si habéis tomado interés por él, acordaos del mismo en el futuro, aunque no le oigáis, y rezad por él, para que en todas las cosas pueda conocer la voluntad de Dios y en toda ocasión esté dispuesto a cumplirla»<sup>62</sup>. El tiempo de Littlemore es tiempo de espera. No quiere dar ningún paso sin asegurarse antes de que no se encuentra bajo los efectos de un engaño. Cuando llega el momento, a sus 44 años de edad, al Newman «ya agonizante anglicano» solo le queda la última y definitiva opción: la comunión con Roma<sup>63</sup>.

*«Sentía como si hubiera llegado a puerto después de una galerna».*  
9 de octubre de 1845

Resultan entrañables los últimos acontecimientos y detalles de la vida de John Henry Newman antes de su recepción en la Iglesia católica romana. Dos discípulos suyos, residentes en Littlemore, habían sido recibidos en la Iglesia de Roma pocos días antes: John Dalgairns (29-IX-1845) y Ambrose Saint John (2-X-1845). Es entonces cuando Newman entra súbitamente en acción. Renuncia a su cargo en Oriel College, deja donde está la redacción de su *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*<sup>64</sup>, y se prepara interiormente para cuando llegue el momento. El pasionista Domingo Barbieri pasaba por Oxford ca-

<sup>61</sup> *Apologia*, 194.

<sup>62</sup> *Sermons on Subjects of the Day*, 26, 409 («The Parting of Friends»); SP, 7, 232 («Separarse de los amigos»).

<sup>63</sup> Cf. KER, I., *La espiritualidad personal a la luz de J. H. Newman: Sanar la herida de la humanidad*, Madrid: Encuentro, 2006, 8.

<sup>64</sup> «No había llegado al final, cuando decidí convertirme; el libro está hoy como quedó entonces, sin terminar». *Apologia*, 272.

mino del extranjero. Dalgairns le había pedido que visitara de nuevo Littlemore, donde ya había estado en una ocasión anterior. Dalgairns dejó constancia de que, al ir a esperar el coche en el que venía Barbieri, Newman le había encargado, en un tono bajo y sereno: «Cuando veas a tu amigo, ¿tendrías la bondad de decirle que me reciba en la Iglesia de Cristo?». Así lo hizo. Se lo dice al Pasionista cuando este baja del coche completamente calado, después de varias horas en la cubierta del coche, con un tiempo horroroso. Barbieri responde: «Alabado sea Dios», y –narra el cronista– «ninguno de los dos hablamos de nuevo hasta que llegamos a Littlemore»<sup>65</sup>. Llegan tarde, a las 11 de la noche del 8 de octubre, mientras sigue lloviendo fuertemente.

Y ahora es el Padre Barbieri quien relata: «Me coloqué junto al fuego para secarme. Se abrió la puerta y ¡qué espectáculo para mí ver a mis pies a John Henry Newman rogándome que le oyera en confesión y que le admitiera en el seno de la Iglesia católica! Allí junto al fuego comenzó su confesión general con gran humildad y devoción»<sup>66</sup>. La conversación terminaría al día siguiente, 9 de octubre. Lógicamente, no es posible conocer su contenido, pero quizás puede encontrarse una sombra de ella en la carta que un año más tarde Newman escribe a una mujer (Sra. Bowden) que le pide consejo ante unos contratiempos. Le dice: «No es difícil imaginar que el momento antes de pasar a la acción sea particularmente sombrío: puede que los pensamientos estén confusos, que no nos venga a la mente ninguna razón para actuar; también puede pesar sobre nosotros la terrible grandeza del paso que damos, sin ninguna percepción concreta de sus consecuencias. Algunas personas prefieren que las dejen solas en tal crisis, otras hallan consuelo en la presencia de otros... Yo no pude hacer otra cosa que encerrarme en mi habitación y tenderme en la cama»<sup>67</sup>. El 9 de octubre de 1945, Newman y dos de sus jóvenes seguidores pronuncian la confesión de fe con fervor y piedad. A la mañana siguiente Barbieri celebra la misa en la pequeña capilla de Littlemore, sobre la mesa en la que Newman estaba escribiendo el *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina de la doctrina cristiana*.

Entrar en la Iglesia católica fue para Newman como «salir a alta mar»<sup>68</sup>. No resultó fácil abandonar personas y lugares que formaban parte de su vida. En *Apología* escribe, con un laconismo que trasluce sufrimiento y nostalgia:

<sup>65</sup> TREVOR, Meriol, *John Henry Newman...*, cit., 133.

<sup>66</sup> *Ibid.*

<sup>67</sup> Cit. en *ibid.*, 134.

<sup>68</sup> Carta a Ambrose St. John, en LD XI, 95.

«Me fui de Oxford, para siempre, el lunes 23 de febrero de 1846 (...). Desde entonces no he vuelto a poner los ojos en Oxford, más que en las torres, tal como se ven desde el tren»<sup>69</sup>. Un dolor similar sintió al abandonar Littlemore, como refleja en una carta de la época: «Me afecta profundamente dejar Littlemore (...). Ha sido más que costoso para mí. Tuve que arrancarme a mí mismo del sitio, y no pude evitar besar la cama y la chimenea y otros rincones... He sido muy feliz allí a pesar de encontrarme en una situación de espera. Allí me ha sido señalado mi camino y he recibido la respuesta a mis oraciones»<sup>70</sup>. Hombre de aguda sensibilidad y de hondo sentido de agradecimiento, no podía despedirse de otro modo de aquellos lugares<sup>71</sup>.

Su ingreso en la Iglesia católica supuso ciertamente un desgarró hondo en los planos personal, académico e institucional: perdió a gran parte de sus amigos y conocidos, fue rechazado por su propia familia, se vio obligado a abandonar su actividad universitaria y su amada parroquia de Santa María; en definitiva, pasó de ser uno de los hombres más prestigiosos de la Iglesia anglicana, a ser un personaje casi desconocido de una Iglesia que, aunque universal, no contaba por entonces con mucho espacio para el mundo anglosajón<sup>72</sup>. Sin embargo, en el plano intelectual y espiritual, la conversión de Newman fue más *continuidad* que *ruptura*. «Al convertirme no noté que se produjera en mí ningún cambio, intelectual o moral. No es que empezara a sentir una fe más firme en las verdades fundamentales de la Revelación o un mayor dominio sobre mí mismo. Tampoco tenía más fervor. Pero sentí como si hubiera llegado a puerto después de una galerna; y mi felicidad por haber encontrado la paz ha permanecido sin la menor alteración hasta el momento presente»<sup>73</sup>. Fue un

<sup>69</sup> *Apologia*, 274-275. Años más tarde anotó: «Volví a Oxford, finalmente, el 26 de febrero de 1878, después de treinta y dos años». *Apologia*, 275, nt. 84.

<sup>70</sup> Carta a W. J. Copeland, en LD XI, 132-133.

<sup>71</sup> En una escena de *Perder y ganar* —antes de que el protagonista abandone definitivamente Oxford en tren hacia Londres para hacerse católico—, se vislumbran los sentimientos del autor de la novela en su experiencia personal: «Ya no le quedaba más que hacer cuentas con el posadero y salir para Londres. Pero no podía irse sin dar un adiós al lugar mismo. (...) ¡Cuántos recuerdos! ¡Era la última vez! Nadie le veía. Abrió los brazos y se abrazó a aquellos sauces tan queridos, y los besó. Arrancó algunas hojas negras y se las guardó». PG, 359.

<sup>72</sup> Vid. GEISLER, H., «Le delusioni di Newman dopo la conversione», *L'Osservatore Romano* (20 agosto 2017), 7.

<sup>73</sup> «Desde que me hice católico, por supuesto, se acabó la historia de mis “opiniones religiosas”; ya no hay nada que narrar. No quiero decir con esto que mi mente haya estado inactiva o que haya dejado de pensar en asuntos teológicos, pero no ha habido cambios de los que pueda dar cuenta ni, en absoluto, ansiedad alguna en mi corazón. Mi paz y mi alegría han sido perfectas, y no he vuelto a tener una sola duda». *Apologia*, 276.

proceso lento pero progresivo el que le llevó desde la intensa experiencia de Dios de su juventud, hasta la convicción de la verdad de la Iglesia católica romana<sup>74</sup>.

## 2. CONVERSIÓN CRISTIANA

La pasión por la verdad<sup>75</sup> alentó a John Henry Newman durante su vida en la búsqueda del auténtico rostro de Dios y de la Iglesia. Ninguna etapa de su itinerario personal fue superflua: el evangelismo sencillo pero vigoroso de su primera juventud; sus años de fascinación ante el liberalismo del momento junto a los acontecimientos que le despertaron de ese sueño; las luces recibidas en su viaje por el Mediterráneo; las dos décadas de esfuerzo por reconstruir la tradición apostólica para legitimar a la Iglesia anglicana, como *Via Media* entre la Iglesia de Roma y el protestantismo; y, tras su recepción en la Iglesia católica, su decisión de servir a la Iglesia en las no siempre fáciles circunstancias que encontró en su camino. Cada experiencia personal fue guiando su camino, orientando su misión y forjando su extraordinaria personalidad. Aunque el contexto histórico y teológico de su vida es bastante diferente del nuestro, su recorrido personal nos permite esbozar importantes rasgos de la conversión cristiana.

### *La conversión tiene como protagonista a Dios*

Tanto es su principio como en su desarrollo y en su fin, es Dios quien, con su gracia, despierta, ilumina y mueve el corazón del hombre, en momentos y lugares imprevistos, según su providencia. Cada conversión es única e irrepetible. En el caso de Newman, los momentos más sobresalientes de su vida hasta su recepción en la Iglesia católica estuvieron ligados, curiosamente, a la enfermedad, según él mismo recordaba, ya entrado en años (1869), al

<sup>74</sup> Los sentimientos de Newman en el momento de abrazar la fe católica pueden intuirse al leer la descripción que hace del protagonista de *Perder y ganar*, Charles Reding, recién convertido. Narra la novela que Charles estaba «poseído de una paz inmensa y una serenidad de mente que no había creído posibles en este mundo. Era como esa quietud que se hace casi sólida en los oídos cuando desaparece la última vibración de una campana que ha estado repicando mucho rato. Se sentía como si hubiera rescatado su infancia, como si estuviera empezando de nuevo su vida. Pero sentía en el corazón mucho más que la alegría ilimitada de la infancia. Creía sentir una roca bajo sus pies; era la *soliditas Cathedrae Petri*... Charles se encaminó hacia la celda lentamente, tan feliz en su Presente que no tenía un solo pensamiento ni para su pasado ni para su Futuro». PG, 396-397.

<sup>75</sup> Vid. VELEZ, J. R., *Passion for Truth. The Life of John Henry Newman*, Charlotte, NC: TAN/St. Benedict's Press, 2012, 618 pp.

echar una mirada atrás: la primera conversión, a la edad de 15 años, le apartó del escepticismo y «le hizo cristiano»; la segunda, en 1827, le arrancó por completo de su incipiente liberalismo y marcó definitivamente su orientación religiosa; y la tercera, en Sicilia en 1833, que purificó su voluntad y abrió ante él una nueva y extraordinaria esfera de acción<sup>76</sup>.

*La conciencia personal, fuerza motriz de la conversión cristiana*

A la pregunta, ¿por qué Newman se hizo católico?, puede responderse llanamente que por una cuestión de fidelidad a los dictados de su conciencia, en un proceso interior que se prolongó durante casi treinta años<sup>77</sup>. Así lo expresó a los pocos años de hacerse católico, haciendo suyos los sentimientos de san Pablo: «aunque lleno de imperfecciones y miserias, creo poder decir en mi medida como el Apóstol: “He vivido en buena conciencia ante Dios hasta este día. El motivo de nuestro orgullo es el testimonio de nuestra conciencia, de que nos hemos conducido en el mundo y con respecto a vosotros con la sencillez y sinceridad que vienen de Dios, y no con sabiduría carnal” (cfr. Hch 23,1; 2 Co 1,12). He seguido la guía del Señor, y Él no me ha decepcionado. Me he puesto en sus manos, y Él me ha dado lo que yo buscaba»<sup>78</sup>.

En su itinerario existencial da prueba de una sólida y decidida coherencia espiritual, intelectual y moral, comprometiendo toda su persona en lo que percibe como una llamada imperiosa de Dios<sup>79</sup>. Su vida y su obra se podrían

<sup>76</sup> Cfr. Anotación del 25-VI-1869, en *Suyo con afecto*, cit., 425.

<sup>77</sup> «Newman no articuló intelectualmente de modo sistemático lo que en la práctica logró realizar en su propia vida: una conciencia *unificada* como un radical dinamismo para la verdad, la bondad y el amor, que ineluctablemente le impulsaron a la realidad última de la misma verdad, bondad y bien, a Dios». CONN, W. E., *Conscience & conversion in Newman. A Developmental Study of Self in John Henry Newman*, Milwaukee, WI: Marquette University Press, 2010, 122. Aunque no desarrolló esa reflexión sistemática y completa, sí propuso los temas principales de la gran «sinfonía» de la Conciencia, dejando los arreglos a las generaciones sucesivas. Así se expresa Conn, citando a Bernard Lonergan como un receptor destacado de las intuiciones de Newman sobre el tema de la conversión y la conciencia. Cfr. *ibid.* Vid. también, MOREROD, Ch., «Conscience according to John Henry Newman», *Nova et Vetera* 11 (2013) 1057-1079; *Etudes Newmanniennes*, vol. 23: «Le thème de la conscience dans la pensée de Newman», Lyon: Association Française des Amis de John Henry Newman, 2007, 159 pp.

<sup>78</sup> Discurso XII, «Perspectivas del predicador católico», en *Discursos sobre la fe [Discourses to mixed congregations]*, 1849], Madrid: Rialp, 1991, 260. Este sermón fue predicado el 31 de mayo de 1849, en la inauguración del Oratorio de Londres.

<sup>79</sup> En toda conversión-vocación converge un conjunto de relaciones en las que están implicadas la libertad, la naturaleza y la historia de cada persona. Vid. MARTI, P., «Vocación, historia y discernimiento», *Scripta Theologica* 50 (2018) 433-462.

entender como un gran comentario al problema de la conciencia<sup>80</sup>. Las incertidumbres y dudas que experimentó no le empujaron a traicionar sus principios o a ser infiel a su conciencia. Sus convicciones íntimas y su acción externa y fueron siempre de la mano, fuera cual fuese el precio a pagar<sup>81</sup>. Percibió en primera persona que «la conciencia es un consejero exigente», según escribió en la conocida *Carta al Duque de Norfolk*<sup>82</sup>.

En el pensamiento moderno, la conciencia queda reducida a la autoconciencia del yo o certeza subjetiva, de manera que se convierte en una instancia que dispensa de la verdad, que justifica la propia subjetividad y que no admite ser cuestionada<sup>83</sup>. Newman era bien consciente de ese riesgo. En la *Carta al Duque de Norfolk* (1874), desenmascara a un peligroso adversario que intentaba desbancar a la conciencia: «el derecho del espíritu propio, la autonomía absoluta de la voluntad individual»<sup>84</sup>. Newman reacciona frente a este peligro: «Cuando los hombres invocan los derechos de la conciencia no quieren decir para nada los derechos del Creador ni los deberes de la criatura para con Él. Lo que quieren decir es el derecho de pensar, escribir, hablar y actuar de acuerdo a su juicio, su temple o su capricho, sin pensamiento alguno de Dios en absoluto (...). La conciencia tiene derechos porque tiene deberes»<sup>85</sup>.

En la estela de san Agustín y de santo Tomás de Aquino, Newman –que ha sido llamado «Doctor de la conciencia»<sup>86</sup>– plantea el tema de la concien-

<sup>80</sup> Cfr. RATZINGER, J., «Conciencia y verdad» (conferencia dictada en 1991), en *Ser cristiano en la era neopagana*, 2ª ed., Madrid: Encuentro, 2006, 37. Vid. GEISSLER, H., «Coscienza e conversione. Nelle memoria del beato John Henry Newman», *L'Osservatore Romano* (8 octubre 2017), 7.

<sup>81</sup> Cfr. BEAUMONT, K., *Dieu intérieur*, cit., 117. Según señaló el cardenal Ratzinger, «Newman, como hombre de conciencia, se transformó en un converso; fue su conciencia la que lo condujo desde antiguos vínculos y certezas del hasta el mundo del catolicismo, que era para él difícil y extraño. Pero esta vía de la conciencia es muy distinta a un camino de subjetividad autosuficiente: es una vía de obediencia a la verdad objetiva». RATZINGER, J., *Discurso con motivo del centenario de la muerte del Card. John Henry Newman*, 28-IV-1990.

<sup>82</sup> *Carta al Duque de Norfolk*, Madrid: Rialp, 2013, 75. [«A Letter Addressed to the Duke of Norfolk on Occasion of Mr. Gladstone's Recent Expostulation», en *Certain Difficulties Felt by Anglicans in Catholic Teaching*, Volume 2, London: Longmans, Green, and Co., 1900].

<sup>83</sup> Cfr. RATZINGER, J., «Conciencia y verdad», cit., 31-37.

<sup>84</sup> *Carta al Duque de Norfolk*, cit., 75.

<sup>85</sup> *Ibid.* Sobre la originalidad y continuidad de la doctrina de Newman sobre la conciencia, vid. TERLINDEN, L., «The Originality of Newman's Teaching on Conscience», *Irish Theological Quarterly* 73 (2008) 294-306.

<sup>86</sup> Vid. p. ej., GEISSLER, H., «Doctor de la conciencia. Hace un año el Papa proclamó beato al teólogo inglés John Henry Newman», *L'Osservatore Romano* (25 septiembre 2011), 10-11; MORGAN, D., «Newman Doctor of conscience, Doctor of the Church?», *Newman Studies Journal* 4 (2007) 5-23; MILLER, E. J., *Conscience the Path to Holiness: Walking With Newman*, Cambridge: Cambridge Scholars Publishing 2014, 30.

cia en el marco de la ley natural, entendida como participación del hombre en la Ley eterna: «Esta ley en tanto que aprehendida por la mente de cada hombre, se llama Conciencia; y aunque pueda sufrir deformación al pasar al medio intelectual de cada uno, no se ve afectada hasta tal punto que pierda su carácter de Ley divina sino que conserva, como tal la prerrogativa de ser obedecida»<sup>87</sup>. La conciencia es la presencia perceptible e imperiosa de la voz de Dios en el hombre y, por ello, la superación de la pura subjetividad. No es «una especie de egoísmo previsor ni un deseo de ser coherente consigo mismo; es un Mensajero de Dios que tanto en la naturaleza como en la gracia nos habla desde detrás de un velo y nos enseña y rige mediante sus representantes»<sup>88</sup>; es «el más genuino Vicario de Cristo», que participa en el triple oficio profético, sacerdotal y real de Jesucristo<sup>89</sup>. La conciencia es el «gran maestro íntimo de la religión»<sup>90</sup>, que obedece a la «voz divina que habla en nosotros»<sup>91</sup>. Al mismo tiempo, aunque Newman sostiene que la conciencia humana es un principio arraigado en nosotros y anterior a toda forma de aprendizaje, reconoce su falibilidad y no deja de insistir en que «el aprendizaje y la experiencia son necesarias para su desarrollo, su crecimiento y su buena formación»<sup>92</sup>.

*La obediencia a la verdad, en el corazón de la conversión*

Al recibir el cardenalato casi al final de su vida, resumió su existencia como una batalla contra el liberalismo en religión, al que describe del siguiente modo: «la doctrina según la cual no existe una verdad positiva en el ámbito religioso, sino que cualquier credo es tan bueno como otro cualquiera. Es una opinión que gana acometividad y fuerza días tras día. Se manifiesta incompatible con el reconocimiento de una religión como verdadera, y enseña que todas han de ser toleradas como asuntos de simple opinión. La religión revelada –se afirma– no es una verdad sino un sentimiento o in-

<sup>87</sup> *Ibid.*, 73.

<sup>88</sup> *Carta al Duque de Norfolk*, cit., 73-74.

<sup>89</sup> *Ibid.*

<sup>90</sup> Cfr. GA, 316; *Oxford University Sermons*, 2, 72-75 (en castellano: *La fe y la razón. Quince sermones predicados ante la Universidad de Oxford [1826-1843]*, Madrid: Encuentro, 1993, Sermón 2).

<sup>91</sup> *Carta al Duque de Norfolk*, cit., 79.

<sup>92</sup> *Carta al Duque de Norfolk*, cit., 74. Vid. *The Idea of a University* (1852 y 1858; 1873); BLANCO, P., «La teología en la Universidad. Un recorrido por Newman, Guardini y Ratzinger», *Scripta Theologica* 48 (2016) 271-294.

clinación; no obedece a un hecho objetivo o milagroso. Todo individuo, por lo tanto, tiene el derecho de interpretarla a su gusto»<sup>93</sup>. Una batalla contra el liberalismo en religión significaba una batalla contra una interpretación de la conciencia personal como pura autonomía y como criterio decisivo de verdad.

La conciencia ocupa un puesto central en el pensamiento de Newman precisamente porque en su centro está la pasión por la verdad<sup>94</sup>. Para él la conciencia supone la presencia del eco de la verdad dentro del sujeto, el encuentro entre la interioridad del hombre y la verdad que viene de Dios. Este hecho se explicita en uno de los versos del poema que escribió en su viaje por el Mediterráneo en 1833, durante su tercera experiencia de conversión: «(...) ¡Guíame Tú! ¡Dirige Tú mis pasos! No te pido ver claramente el horizonte lejano: me basta con avanzar un poco... No siempre he sido así, no siempre te pedí que me guíases Tú. Me gustaba elegir yo mismo y organizar mi vida... pero ahora, ¡guíame Tú!»<sup>95</sup>. Sus sucesivas conversiones no vinieron determinadas por sus gustos y deseos o por la consecución de lo socialmente más ventajoso, sino por el primado de la verdad y sus exigencias<sup>96</sup>.

Podría decirse que en un nivel anterior al de juzgar y decidir, la conciencia personal se movería según Newman en un primer nivel esencialmente ontológico, constituyendo una especie de memoria original acerca de la verdad y del bien, ligada a nuestra constitución a imagen y semejanza de Dios. Se trataría de un saber no articulado conceptualmente, de un sentido interior o una capacidad de reconocimiento que interpela al hombre no replegado sobre sí mismo y, por tanto, capaz de escucha<sup>97</sup>.

En definitiva, para el converso inglés, la conciencia representa una capacidad para reconocer la verdad, que al mismo tiempo supone la asunción de un deber de encaminarse hacia ella y de obedecerla una vez encontrada. Como ha señalado Benedicto XVI refiriéndose al pensamiento de Newman,

<sup>93</sup> *Cartas y diarios*. «*Biglietto Speech*», cit., 162-163.

<sup>94</sup> Vid. KER, I. y MERRIGAN, T. (eds.), *Newman and Truth*, Louvain: Peeters, 2008, 287 pp.

<sup>95</sup> *Verses on Various Occasions* [1867] 90. *The Pillar of the Cloud* [Lead, Kindly Light].

<sup>96</sup> «Me parece significativo –señala Ratzinger– que Newman en la jerarquía de las virtudes subraye el primado de la verdad sobre la bondad o, para decirlo más claramente, que ponga de relieve el primado de la verdad sobre el consentimiento, sobre la capacidad de acomodación al grupo». RATZINGER, J., «Conciencia y verdad», cit., 39.

<sup>97</sup> *Ibid.*

«conciencia es capacidad de verdad y obediencia en relación con la verdad, que se muestra al hombre que busca con corazón abierto»<sup>98</sup>. Puede afirmarse así que la verdad es el quicio en el que se articula la vida y el pensamiento de Newman<sup>99</sup>.

### *La lógica de la conversión*

La razón desempeña el importante papel de avalar la razonabilidad de lo que el corazón y la imaginación presentan, pero la *metánoia* no es la consecuencia lógica de unos razonamientos bien trabados. Es un proceso que se alimenta de experiencias concretas y que incluyen las emociones y la imaginación, la cabeza y el corazón. Es significativo que Newman quisiera encabezar su *Ensayo sobre la gramática del asentimiento* con unas palabras penetrantes de san Ambrosio: «Non in dialectica complacuit Deum salvum facere populum suum»<sup>100</sup> (No quiso Dios salvar a su pueblo a través de la dialéctica). La lógica de la conversión no es silogística o proposicional.

En una escena central de *Perder y ganar*, el joven protagonista le pregunta a un sacerdote católico qué es lo que hace creer a alguien que, aun deseándolo, se siente incapaz de ello por no encontrar suficientes pruebas racionales. El sacerdote le contesta: «¿Que qué le hará creer? La *voluntad*, su *voluntad*»<sup>101</sup>. A raíz de la lectura de este pasaje, una mujer en fase de conversión le planteó a Newman: «¿Cómo voy a saber cuándo debo creer?». Y Newman le respondió en unos párrafos que resumen bien su pensamiento:

«La doctrina católica sobre la fe y la razón enseña que la razón prueba que el catolicismo *debe ser* creído y que de ese modo se presenta ante la vo-

<sup>98</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso a la curia romana, al recordar la beatificación de Newman*, 20-XII-2010. Newman nos recuerda que, como criaturas de Dios, «fuimos creados para conocer la verdad, y encontrar en esta verdad nuestra libertad última y el cumplimiento de nuestras aspiraciones humanas más profundas». BENEDICTO XVI, *Vigilia de oración por la beatificación del Cardenal John Henry Newman*, Londres, 18-IX-2010.

<sup>99</sup> El epitafio del Cardenal John Henry Newman sintetiza acertadamente su itinerario espiritual y sus enseñanzas sobre la conversión cristiana: *Ex umbris et imaginibus in veritatem*, que podríamos traducir: «Pasó de las sombras y las imágenes a la Verdad». En este mismo contexto se enmarcan sus enseñanzas sobre el sentido de la fe y su relación con el magisterio. Cfr. ALONSO, J., «Sensus fidelium y conciencia. Un acercamiento desde el pensamiento de John Henry Newman», en CABRIA ORTEGA, J. L. y DE LUIS CARBALLADA, R. (eds.), *Testimonio y sacramentalidad. Homenaje al Profesor Salvador Pié-Ninot*, Salamanca: San Esteban, 2015, 333-354.

<sup>100</sup> San AMBROSIO DE MILÁN, *De Fide ad Gratianum Augustum*, I, 42 (CSEL 78, 18).

<sup>101</sup> PG, 367.

*luntad*, que lo acepta o lo rechaza según sea movida o no por la gracia. La razón no demuestra que el catolicismo sea *verdadero* como prueba, por ejemplo, que son verdaderas las conclusiones matemáticas (...). Pero demuestra que sus razones para ser tenido en cuenta son tan poderosas que uno ve que debe aceptarlo. Puede haber dificultades que no podemos responder, pero vemos en conjunto que existen motivos suficientes para la convicción. No es una convicción pura y simple. Porque si fuera inevitable, podría decirse que se nos fuerza a creer, como nos vemos obligados a aceptar las conclusiones matemáticas. Pero queda a nuestra discrecionalidad si hay o no motivos suficientes para la convicción, es decir, si seremos o no convencidos»<sup>102</sup>.

Las dificultades concretas para creer a las que se enfrentan las personas no son tanto de índole intelectual como moral: «Diez mil dificultades no hacen una sola duda»<sup>103</sup>, afirma elocuentemente Newman.

*Toda conversión lleva su tiempo*

La conversión es, por lo general, un proceso lento, donde entran en juego muchos factores. Newman señala al respecto en un sermón titulado «Conversiones repentinas»: «Cuando los hombres cambian de opinión religiosa real y verdaderamente, no son solo sus opiniones lo que cambia[n], sino que cambia el corazón. Y esto, evidentemente no se hace en un momento; es un trabajo lento»<sup>104</sup>. Respecto a su propia experiencia de conversión, señala en la *Apología*: «Las decisiones importantes llevan su tiempo»<sup>105</sup>.

Otro ejemplo de este hecho la encontramos en la carta a una joven anglicana que estaba inquieta al pensar que no avanzaba en su discernimiento sobre su conversión al catolicismo. El Cardenal Newman le escribe: «No me extraña que se pare usted antes de dar un paso tan trascendental y solemne. No obstante, yo no diría que sus titubeos sean evidencia de una falta de certeza; no son más que una nube que nos viene encima de repente y como a rachas cuando uno está mentalmente excitado y agitado (...). Mientras dure la nube, hay que esperar; pero no deje de esperar, no haga caso a un consejo que la lle-

<sup>102</sup> Carta a Catherine Ward, 12-X-1848, en LD XII, 289.

<sup>103</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, 175, citando *Apología*, 277.

<sup>104</sup> SP, 8, 202.

<sup>105</sup> *Apología*, 214. En la versión original: «Great acts take time».

ve a arrinconar lo que, por lo que usted sabe, es la voz de Dios. Lo que debe hacer es pedir luces a Dios, firmemente y con perseverancia. Mejor es dudar antes de venir a la Iglesia católica que después»<sup>106</sup>. Sabio consejo, fruto de la experiencia personal.

*La conversión cristiana es positiva*

Newman interpretó su trayectoria hacia la fe católica como un movimiento ascendente de crecimiento, entretelado de un conjunto de desafíos y experiencias que le impulsaron no tanto a renunciar a lo que ya creía, sino a creer más, a ampliar y enriquecer su marco de creencias. En uno de los *Tracts for the Times* escribe que la mente religiosa es conducida desde el error a la verdad «no tanto mediante la pérdida de lo que tiene como por la ganancia de lo que no tiene. La verdadera conversión es siempre de naturaleza positiva, no negativa»<sup>107</sup>. Las sucesivas conversiones de Newman muestran que él siempre fue el mismo, pero *llegando a ser cada vez más él mismo*. «Newman ha sido, a lo largo de toda su vida, alguien que se ha convertido –escribió Joseph Ratzinger en 1990–, alguien que se ha transformado, y de este modo ha seguido siendo siempre él mismo y ha llegado a ser cada vez más él mismo (...). La conversión es un camino, un camino que dura toda una vida. Por eso, la fe es siempre desarrollo y, precisamente de este modo, maduración del alma hacia la Verdad, que “es más íntima a nosotros que nosotros mismos”»<sup>108</sup>. La conversión genuina no anula el propio modo de ser y la propia personalidad, sino que lleva a la persona a la plena realización de sí misma.

El sentido positivo de la conversión de Newman se manifestó también tras su recepción en la Iglesia católica: se encontró entonces en un ambiente teológico con elementos decadentes y carencias, en el que entre otras cosas no se fomentaba el estudio de la Biblia ni de los Padres. Newman no dejó de lado las influencias positivas que el anglicanismo le había aportado, y enriqueció la teología católica del momento y la posterior con numerosas intuiciones y valores<sup>109</sup>.

<sup>106</sup> Carta a Mrs. Christi, 5-XI-1879, en LD XXIX, en *Suyo con afecto*, cit., 368.

<sup>107</sup> *Tracts for the Times*, nº 85, 73. [*Discussions and Arguments*, 1872, 200; vid. también, GA, 249-251].

<sup>108</sup> RATZINGER, J., *Discurso con motivo del centenario de la muerte del Card. John Henry Newman*, 28-IV-1990.

<sup>109</sup> Cfr. KER, I., Presentación a NEWMAN, J. H., *Apologia*, cit., 8.

*La verdadera conversión exige unas adecuadas disposiciones personales*

En el sermón «Disposiciones para la fe»<sup>110</sup>, Newman recuerda a los fieles congregados en la iglesia de la Universidad Católica de Irlanda, en Dublín, que sin una adecuada preparación del corazón no es posible ni obtener ni custodiar el don de la fe. Su reflexión parte de varios pasajes evangélicos que muestran la necesidad de buenas disposiciones para creer. Jesús alaba la actitud abierta y decidida a creer y se duele de la dureza de corazón de quienes se cierran a su palabra.

La dificultad para la conversión proviene de los obstáculos que impiden percibir y seguir la voz de la conciencia, entremezclada frecuentemente con los ruidos de la pasión, el orgullo, o el amor propio. El gran obstáculo para la fe es «un espíritu orgulloso y autosuficiente»<sup>111</sup>. Nuestro autor describe con crudeza el temple ético de quienes carecen de las suficientes disposiciones morales para creer: «(...) hombres impacientes, orgullosos, seguros de sí mismos, obstinados, generalmente están equivocados en las opiniones que forman de personas y cosas. El prejuicio y la presunción ciegan los ojos y engañan el juicio, cualquiera que sea el tema investigado (...). Lo mismo sucede también en las investigaciones religiosas. Cuando veo a una persona apresurada y violenta, áspera y de mente elevada, descuidada de lo que otros sienten, y desdeñosa de lo que piensan –cuando veo a tal persona proceder a investigar temas religiosos–, estoy seguro de antemano que no puede ir bien –no será conducido a toda la verdad– es contrario a la naturaleza de las cosas y a la experiencia del mundo, que encuentre lo que está buscando»<sup>112</sup>. En el camino de la conversión y de la fe es necesaria la recta intención y la honestidad espiritual. Se trata de una disposición interior que excluye la curiosidad, la ligereza o la frivolidad de entregarse a un debate religioso por capricho o vanidad<sup>113</sup>.

La fe supone estar dispuesto a asumir un riesgo<sup>114</sup>. En uno de sus *Sermones Universitarios* insiste en la misma idea al hablar del amor como salvaguarda de la fe frente a la superstición: «la fe correcta arriesga y apuesta deliberadamente, responsablemente, sobria, piadosa y humildemente, sabiendo lo que

<sup>110</sup> Es el sermón nº 5 de *Sermons Preached on Various Occasions*, 1856. Cito la traducción de CAVALLER, F. M., en *Newmaniana* 58 (2012) 23-29.

<sup>111</sup> *Discourses to Mixed Congregations*, 13, 274.

<sup>112</sup> PS 8, 8, 113-114.

<sup>113</sup> Cfr. *Tracts for the Times*, nº 71; *Via Media* IV.

<sup>114</sup> Cfr. sermón «Los riesgos de la fe» (1836), en SP, 4, 309ss.

cuesta y aceptando gustosa el sacrificio. Dondequiera que el amor es deficiente, y en el grado que lo es, allí y en el mismo grado la fe cae en exceso o se perverte»<sup>115</sup>. Es también lo que en la novela *Perder y ganar* le dice el sacerdote católico al protagonista cuando está a punto de convertirse: «antes de la conversión, la fe es una aventura; después es un don»<sup>116</sup>. Solo un corazón penetrado en un amor auténtico es capaz de arriesgar. Y el corazón que arriesga es el mejor dispuesto a acoger el don de la fe y el mejor preparado para transmitirla<sup>117</sup>.

\* \* \*

En un lugar de su *Ensayo para el desarrollo de la doctrina cristiana*, Newman dejó escrito un principio básico de la condición humana y, por tanto, válido también para la vida cristiana: «En un mundo superior ocurre de otra manera, pero aquí abajo vivir es cambiar, y ser perfecto es haber cambiado frecuentemente»<sup>118</sup>. Ciertamente no todo cambio o desarrollo es siempre a mejor; pero es indudable que la perfección y la santidad son siempre fruto de la pasión por la verdad y la fidelidad a la conciencia, es decir, de una existencia vivida según una dinámica de conversión permanente. El viaje espiritual de John Henry Newman nos lo confirma.

<sup>115</sup> *La fe y la razón. Quince sermones predicados ante la Universidad de Oxford (1826-1843)*, cit., 12, 290-291, («El amor, salvaguardia de la fe contra la superstición», 1839).

<sup>116</sup> PG, 368.

<sup>117</sup> Vid. ALONSO, J., «Testimonio personal y evangelización según John Henry Newman», *Revista Española de Teología* 75 (2015) 469-480.

<sup>118</sup> *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*, cit., 67.

## Bibliografía

- ALONSO, J., «Sensus fidelium y conciencia. Un acercamiento desde el pensamiento de John Henry Newman», en CABRIA ORTEGA, J. L. y DE LUIS CARBALLADA, R. (eds.), *Testimonio y sacramentalidad. Homenaje al Profesor Salvador Pié-Nimot*, Salamanca: San Esteban, 2015, 333-354.
- ALONSO, J., «Testimonio personal y evangelización según John Henry Newman», *Revista Española de Teología* 75 (2015) 469-480.
- BEAUMONT, K., *Dieu intérieur. La théologie spirituelle de John Henry Newman*, Paris: Ad Solem, 2014.
- BENEDICTO XVI, *Discurso a la curia romana, al recordar la beatificación de Newman*, 20-XII-2010.
- BLANCO, P., «La teología en la Universidad. Un recorrido por Newman, Guardini y Ratzinger», *Scripta Theologica* 48 (2016) 271-294.
- CONN, W. E., *Conscience & conversion in Newman. A Developmental Study of Self in John Henry Newman*, Milwaukee, WI: Marquette University Press, 2010.
- Etudes Newmaniennes*, vol. 23: «Le thème de la conscience dans la pensée de Newman», Lyon: Association Française des Amis de John Henry Newman, 2007.
- GARCÍA RUIZ, V., *John Henry Newman: el viaje al Mediterráneo de 1833*, Madrid: Encuentro, 2019.
- KER, I., *Newman and Conversion*, Edinburgh: T&T Clark Ltd., 1997.
- KER, I., *La espiritualidad personal a la luz de J. H. Newman: Sanar la herida de la humanidad*, Madrid: Encuentro, 2006.
- KER, I. y MERRIGAN, T. (eds.), *Newman and Truth*, Louvain: Peeters, 2008.
- LEFEBVRE, Ph. y MASON, C. (eds.), *John Henry Newman Doctor of the Church*, Oxford: Family Publications, 2007.
- MARTI, P., «Vocación, historia y discernimiento», *Scripta Theologica* 50 (2018) 433-462.
- MILLER, E. J., *Conscience the Path to Holiness: Walking With Newman*, Cambridge: Cambridge Scholars Publishing, 2014.
- MORALES, J., «El significado de Newman en la Iglesia», en *J. H. Newman, hoy*, Documentos del Instituto de Antropología y Ética, n. 14, Universidad de Navarra, 2011.
- MORALES, J., «Experiencia religiosa. La contribución de J. H. Newman», *Scripta Theologica* 27 (1995) 69-91.

- MOREROD, Ch., «Conscience according to John Henry Newman», *Nova et Vetera* 11 (2013) 1057-1079.
- MORGAN, D., «Newman Doctor of conscience, Doctor of the Church?», *Newman Studies Journal* 4 (2007) 5-23.
- NEWMAN, J. H., *Apologia pro Vita Sua. Historia de mis ideas religiosas*, 2ª ed. rev., Madrid: Encuentro, 2010.
- NEWMAN, J. H., *Autobiographical Writings*, ed. Henry Tristram, London and New York: Sheed & Ward, 1956.
- NEWMAN, J. H., *Sermones Parroquiales*, 8 vols., Madrid: Encuentro, 2007-2015.
- NEWMAN, J. H., *Ensayo para contribuir a una gramática del asentimiento*, Madrid: Encuentro, 2010.
- NEWMAN, J. H., *Perder y ganar. Historia de una conversión*, 4ª ed. corr., Madrid: Encuentro, 2014.
- NEWMAN, J. H., *Calixta. Retazos del siglo tercero*, Madrid: Encuentro, 2010.
- NEWMAN, J. H., *Cartas y diarios. «Biglietto Speech»* (Selección, traducción y notas de Víctor García Ruiz y José Morales), Madrid: Rialp, 1996.
- NEWMAN, J. H., *Discursos sobre la fe [Discourses to mixed congregations, 1849]*, Madrid: Rialp, 1991.
- NEWMAN, J. H., *Carta al Duque de Norfolk*, Madrid: Rialp, 2013.
- NEWMAN, J. H., *La fe y la razón. Quince sermones predicados ante la Universidad de Oxford (1826-1843)*, Madrid: Encuentro, 1993.
- NEWMAN, J. H., *Tracto 90. Apuntes sobre algunos pasajes de los Treinta y Nueve Artículos* (Traducción, introducción y notas: José Gabriel Rodríguez Pazos), Salamanca: Centro de Estudios Orientales y Ecuménicos «Juan XXIII», 2017, 207 pp.
- RATZINGER, J., «Conciencia y verdad» (conferencia dictada en 1991), en *Ser cristiano en la era neopagana*, 2ª ed., Madrid: Encuentro, 2006, 29-50.
- RATZINGER, J., *Introducción al cristianismo*, Salamanca: Sígueme, 1967.
- TREVOR, M., *John Henry Newman. Crónica de un amor a la verdad*, 2ª ed., Salamanca: Sígueme, 2010.
- VELEZ, J. R., *Passion for Truth. The Life of John Henry Newman*, Charlotte, NC: TAN/St. Benedict's Press, 2012.

